

# Recaban el nombre 'Avellaneda' para el nuevo Teatro Nacional

"Necesitamos un teatro con alma y con historia", dijo la poetisa Dulce María Loynaz. Otras notas

## Actividad Cultural

Por Adela Jaume

CUANDO se trata de un tema como el desarrollado por Dulce María Loynaz bajo los auspicios de la Sociedad Cubana de las Naciones Unidas en la Casa Continental de la Cultura: el relacionado con la iniciativa de titular "Avellaneda" el Teatro Nacional que se construye, es lógico que la voz tenga resonancias extrañas; es lógico que la emoción penetre y embargue de modo extraordinario.

"Tula" Gómez de Avellaneda necesita, sí, de nosotros. Lo dijo Dulce María Loynaz cuando, al comenzar su conferencia, se refirió a la necesidad que tienen, a veces, los muertos, de la atención y el recuerdo de los vivos. Esta atención y este recuerdo lo merecen en grado sumo la gloriosa hija de Camagüey, y también la ilustre hija literaria de España.

¿Pero a qué esa defensa, a qué esa protesta—tan femenina y tan viril—, dirán algunos, que hizo Dulce María Loynaz de la Avellaneda? ¿No fue ésta, ciertamente, una figura de talento bien demostrado, para tener que repetirlo una y mil veces, y no basta esto para que se le rinda el homenaje propuesto?

¡Claro que sí! tendrían que responder a una todas las personas que aman la verdad; que no se defienden con mentiras, y que quieren, por sobre todo, que se haga justicia...

Pero la justicia—bien lo dijo la muy valiosa disertante—se teme muchas veces más que la injusticia. Y ya es hora de que se arrostre con valor esa sinrazón para que ocupen los puestos que con todo derecho les corresponde, aquéllos que hicieron por Cuba, a veces sin nombrarla tanto—y esto es también parte de la conferencia de la doctora Loynaz—, todo lo que les fue posible: desde hacerla sentirse orgullosa de haber contado entre sus hijos a personalidades de mucha relevancia intelectual, hasta haberla sabido honrar en todo momento y recordarla en tierras lejanas con la más viva y dulce emoción.

Nuestra ilustre poetisa y gran prosista que es Dulce María Loynaz, supo, desde el principio de su conferencia, encauzar ésta por rumbos que claramente perseguían una meta, que, entre paréntesis, alcanzó sin esfuerzos y de manera definitiva: esclarecer muchos puntos oscuros en relación con la actitud de la Avellaneda respecto de su patria, Cuba; y aquellos otros de los que siguen empeñados en entenebrecer más aún, y que constituyen sin duda juicios marcadamente erróneos, cuando no falaces, en relación con la nacionalidad de la Avellaneda.

La conferenciante, como decíamos, tocó todos los puntos y aspectos del tema. Pero muy principalmente ese de la supuesta nacionalidad española de la insigne dramaturga y poetisa, que si no fuera suficiente a desmentir la verdad de su nacimiento, ocurrido en Camagüey, estaría ahí, para combatirlo con denuedo, esa su declaración, mejor: firme protesta, expresada con motivo de la publicación de una Antología de poetas hispanoamericanos en que se la excluía a ella por considerarla española.

Pero, por si no fuera poco lo anterior, "Tula" de Avellaneda se vio precisada—bien lo contó Dulce María—a hacer larga explicación de todo lo ocurrido, en carta magistral al director del periódico cubano "El Siglo". La carta, modelo de corrección y elegancia en redacción y lenguaje, relata con pormenores cuanto sucedió cuando la Avellaneda recibió en Madrid la visita de una persona que la hacía para pedirle consejo en relación con qué camino seguir al publicar una obra sobre la poesía castellana contemporánea: si se habría de incluir a los poetas cubanos en la sección española, o en la de los hispanoamericanos.

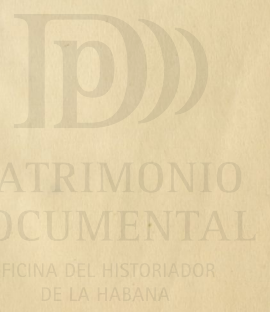
La Avellaneda, según su propia declaración al respecto, se inclinó a que fuera incluida la poesía cubana en la sección hispanoamericana. Se discutió el asunto, hubo un poco de acaloramiento en la discusión; y como en ese preciso momento llegara un cubano que, al no conocer desde su raíz la verdad del asunto, "cogió el rábano por las hojas", como suele decirse, y todo lo embrolló.

"Tula" defendía en ese momento el derecho que tenía a ser incluida, por ser cubana, en la parte correspondiente a la Poesía Hispanoamericana. Y junto a poetas que, como ella, habían nacido en América. Esto lo hacía la poetisa en época muy trascendente para Cuba y España en el terreno de lo político: era el año 1868, fecha que marca una etapa de luchas enconadas entre la Colonia y la Metrópoli. Si la Avellaneda se hubiera sentido española, nada mejor que ese momento para reafirmarse en su amor a la Madre Patria; nada mejor que ese instante para permitir que quedara ya por siempre consagrada en la historia de las letras castellanas, como española.

Ese criterio totalmente pueril y absurdo que esgrimen algunas personas en lo tocante a afirmar que la Avellaneda, por haber vivido la mayor parte de su vida en España, hay que considerarla española, lo destruyó de un solo y certero golpe

Dulce María Loynaz. Sus argumentos fueron estos magníficos: si la Avellaneda es española por haber vivido y escrito en España... ¿de qué nacionalidad sería Byron, el poeta inglés que murió dando la vida por la libertad de un país extranjero?; ¿de qué nacionalidades serían Dante y el Petrarca, que vivieron muchos años fuera de Italia?; ¿de qué nacionalidad sería el portugués Camoens, que desde niño vivió lejos de su patria?; ¿de qué nacionalidades serían el nicaragüense, Darío, y el peruano, Vallejo, que al igual que los demás, no escribieron ni vivieron permanentemente en sus patrias respectivas?

Después de lo anterior... respetuoso silencio. No hay más que decir; no hay más que hablar. Quien lo hiciere, tendrá que acatar el fallo, justo, veraz, irrefutable. Quien lo hiciere en contra, tendrá que someterse a un jurado imparcial que, también haciendo justicia—esa justicia tan temida—habrá de declarar



2

134

públicamente que en la insistencia negativa no reside sino la sala fe; tal vez la envidia; acaso esas pequeñas que hacen delinquir tantas veces al espíritu humano, y que convierten esas "pequeñas" caídas, esas "pequeñas" fallas, en cosas monstruosas y horribles.

No; Gertrudis Gómez de Avellaneda fue cubana, no solamente por su nacimiento acontecido en Cuba, sino por esa adoración que nunca dejó de tenerle desde lejos a su Isla, a su "Perla del Mar", como la llamó en clásico soneto hecho al partir por primera vez de sus costas. Gertrudis Gómez de Avellaneda fue cubana porque desde lejos recordó siempre como algo maravilloso el que Cuba la viera nacer. Y fue cubana, plenamente cubana, porque a Cuba dedicó páginas brillantes, porque defendió su nacionalidad con fuerza; porque protestó con valentía cuando la excluyeron "por ser española" de una Antología de Poetas Hispanoamericanos.

Ningún otro nombre mejor, pues, —y esto hemos tenido el honor de defenderlo nosotras desde que se publicó como iniciativa admirable de Nena Aranda Hechevarría— que el de la Avellaneda para nuestro Teatro Nacional. Ese teatro que, como muy bien dijo Dulce María Loynaz, debe nacer "con alma y con historia"... ¿y qué mejor alma, qué mejor historia que la representada por la Avellaneda—alma rebelde y sin hipocresías, dramaturga y poeta de gran historia— como recordó esa otra poetisa nuestra?

Además, precisa recordarlo una y mil veces: la Avellaneda, lo han dicho todos sus contemporáneos y lo siguen diciendo todos los críticos de alguna talla del presente: fue el más grande dramaturgo de su tiempo y de todo el siglo XIX, entre los que escribieron en lengua española. Por ello recibió todos los homenajes: el más grande sin duda el celebrado en su honor en el Teatro Tacón, donde fue coronada con laureles de oro, que años más tarde donaría a la Virgen del Colegio de Belén.

No estará sola Dulce María Loynaz, como no lo han estado tampoco Nena Aranda, Aida Cuéllar, y otras, entre las que nos encontramos, en esta justa demanda que tal parece será escuchada definitivamente. Cuba debe tener un Teatro Nacional con un nombre de verdaderos prestigios, y ninguno mejor, repetimos, que el de la genial camagüeyana, gloria y asombro de su tiempo.

Magnífica la conferencia de Dulce María Loynaz por cuanto dejamos explicado. Fue una exposición sin desperdicios, sin aditamentos inútiles, maciza, llena de médula. Por ella mucho la felicitaron; por ella, le enviamos, ampliada, reafirmada, la felicitación que personalmente le expresamos.



PATRIMONIO  
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR  
DE LA HABANA